

# LAS IDEAS POLÍTICAS DE BOLÍVAR: TRANSICIÓN Y FUTURO \*

por el Académico DR. PEDRO J. FRÍAS

**SUMARIO:** Las doctrinas políticas del siglo XVIII en Latinoamérica. — El despotismo ilustrado. — El suarismo jesuítico. — La máscara pegada a la cara... — Hombre de la Ilustración: las ideas. — Hombre de la Ilustración: la palabra. — Libertad y autoridad. — La transición política. — La república conservadora. — La constitución boliviana. — El Areópago o Poder Moral. — “De todo el Mundo Nuevo una sola nación”.

La grandeza de Bolívar ha resultado testimoniada por la calidad de la conmemoración bicentenaria: fervor sin superstición, reinterpretación sin ideologías. Todo Bolívar, es decir, una meditación americana.

Me siento dispensado por esa razón de revivir sus grandes hechos; me sentiré más solo sin el fondo histórico que da emoción a todo ejercicio de la memoria; me dedicaré a las ideas, a las suyas y a las ajenas, pero ruego a ustedes que sostengan su atención sobre un fondo americano del siglo pasado: un espacio más que un pueblo, una estructura de clases más que una comunidad, subordinación más que participación.

Tengo para mí que la comprensión de las ideas del Libertador requiere el contraste con las tradiciones políticas del siglo XVIII. Sin sacar sus consecuencias no entenderemos al hombre de la Ilustración que fue, ni las instituciones que patrocinó, ni su “americanización” paulatina.

\* Conferencia pronunciada, el 26 de setiembre de 1983, con el auspicio de la Comisión Nacional de Homenaje a Bolívar.

## LAS DOCTRINAS POLÍTICAS DEL SIGLO XVIII EN LATINOAMÉRICA

Esas tradiciones políticas iberoamericanas eran el despotismo ilustrado y el suarismo jesuítico. En primer lugar, el despotismo ilustrado. Cuando el reinado de Carlos III un elevado consenso atenúa la monarquía absoluta. Pero sí que es absoluta. Luis Sánchez Agesta nos lo dice con un énfasis que no nos debe hacer olvidar su imparcialidad de ilustre maestro (*El pensamiento político del despotismo ilustrado*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1953, p. 99):

“Esta generación preparó en España la liquidación del antiguo régimen, hasta el punto que cuando las Cortes de Cádiz emprendieron esta revisión apenas si pudieron hacer otra cosa que alancear cadáveres; esta generación sembró el odio que iba a quebrantar la Iglesia como institución social en el siglo XIX; esta generación criticó, acosó e hirió finalmente de muerte a la nobleza; esta generación liquidó de hecho la autonomía de nuestras universidades, adelantándose en cinco lustros a la centralización napoleónica, y transformó el espíritu de su enseñanza; esta generación destruyó sistemáticamente la organización gremial; en una palabra, desmontó en España el régimen tradicional, sin entrar a enjuiciar lo que pudo haber de oportuno o justo en algunas de esas medidas; pero para todas estas empresas se apoyó en la autoridad regia, a la que exaltó como instrumento, hasta sus últimos límites. Quien quiere textos españoles que ensalcen el absolutismo, al siglo XVIII tiene que ir a buscarlos.”

Nadie podía mediar entonces entre el monarca y el vasallo.

¿Cómo se vivía en los hechos esta doctrina política? No hay testimonio más significativo que el *Catecismo real* del Obispo de Córdoba y luego Arzobispo de Sucre, Fr. José Antonio de San Alberto. Esta “especie de catecismo”, más propiamente instrucción sobre los deberes del vasallo, cumple el año próximo dos siglos. Este carmelita ilustre era un repetidor inteligente de la cultura de su tiempo: teología mística, pedagogía, doctrina política. Ha entrado tempranamente en la historia de la filosofía, pero no igualmente en la de las ideas políticas. Y lo merece.

Ningún documento es más nítido y preciso, ninguno más didáctico para penetrarse del sistema político que vivían nuestros antepasados en el siglo XVIII. Es el fotógrafo del despotismo ilustrado.

Cuando escribe este documento, el autor acaba de recorrer durante casi año y medio su vasta diócesis, donde toma contacto con una población dispersa en estado pre-social. "Ni se conocen a fondo, ni se aman de veras, ni se fomentan recíprocamente con todos aquellos auxilios que son propios de la Sociedad, y que forman a las gentes atentas, civiles, laboriosas e instruidas." Esta verificación del espacio americano —una constante para los organizadores de la sociedad vernácula— no se corresponde ontológicamente con su doctrina del poder —sí en Bolívar—, pero por compensación la justifica a sus ojos. El razonamiento de los doctrinarios del despotismo podría ser éste: "ya que no existe sociedad, que exista poder para proteger a un grupo que como tal se ignora".

Pero el contenido político es trasculturación no condicionada por el medio. El medio cuenta en Bolívar, pero insisto no en los teóricos del poder monárquico. Se educa para suscitar un comportamiento que no tiene en cuenta la especificidad. El vasallo es uno solo en América y España. Las modalidades locales no penetran la doctrina, el "logos" es indiferente a la "praxis".

El despotismo ilustrado se pregunta:

—¿Qué cosa es el Rey?

Y responde:

—Una potestad temporal y suprema, instituida por Dios para gobernar los pueblos con equidad, justicia y tranquilidad.

Como en la escolástica, la potestad es especificada por los fines y esos fines son valiosos.

—¿El Rey está sujeto al pueblo?

—No, que esto sería estar sujeta la cabeza a los pies.

Cierto que se subraya la destinación al bien común:

—¿Según esto, toda la superioridad del Rey cede en favor de los vasallos?

—Así es, y por eso deben venerarla y sostenerla.

Sobre la obligatoriedad de las leyes en conciencia:

—¿Para que obliguen las leyes Reales es menester que el pueblo las acepte?

—No, porque esto más sería gobernarse por su voluntad, que por la del soberano.

Desde luego, el fiel vasallo no murmura del Rey, pero tampoco de su gobierno “porque son correlativos”.

El despotismo ilustrado, sin confundir las dos potestades, sometía a la Iglesia católica a un regalismo que podríamos llamar institucional, porque pertenecía al contexto cultural de su tiempo, que se vivía como una costumbre más que como una creencia, pero que integra el espíritu objetivo que se imputa a todos y a ninguno.

Desde luego, la doctrina de resistencia a la opresión de la escolástica clásica, había sido anulada.

Se preguntaba: “¿Está condenada la proposición que decía: «Es lícito matar al Rey tirano»?”.

Y se respondía: “Lo está por errónea, sediciosa y escandalosa”.

## EL SUARISMO JESUÍTICO

Había mencionado al despotismo ilustrado y al suarismo. Donde había jesuitas había suarismo. El “Doctor eximius” de Granada dominaba la enseñanza de las escuelas de la Compañía y, por eso mismo, de la Universidad de Córdoba. Lo que digo del Sur se dice también del Norte, por lo cual hablo de tradiciones políticas latinoamericanas.

Suárez enseñaba de otro modo:

- Dios crea la autoridad,
- la deposita en el pueblo,
- que la delega en los gobernantes.

En ese depósito y en esa delegación, estaba prefigurado el dinamismo político de la república representativa (cfr. Guillermo Furlong, *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata, 1536-1810*, Edit. Kraft, Buenos Aires, 1952).

Yo he imaginado un diálogo sobre estas dos tradiciones políticas y la emancipación de nuestros pueblos. Ese diálogo se anuda entre un superior de los jesuitas y el capitán que los expulsa en 1767 en cumplimiento de la orden de Carlos III. No se tema que me aparte del tema de Bolívar. Nos acerca a él.

## LA EXPULSIÓN

- ¡Debéis dejar la estancia los padres y novicios!
- ¿A nombre de quién ordenáis?
- A nombre del Rey.
- Al rey debemos obediencia pero no acatamiento a una iniquidad.
- Cuidad vuestras palabras: no estáis en una cuestión del fuero interno sino del fuero externo: pertenece al Rey. Para expulsaros tenemos la orden y vuestra obediencia. ¿No reconocéis la prueba que se os propone? ¿Los discípulos del que dijo que su Cruz debía seguirse se rehúsan a llevarla?
- El fuero externo en la vida ordinaria de los hombres pertenece a cada conciencia. Al Rey sólo lo público. ¿Pretendéis que nuestra obra roza lo público?
- Desafia lo público, más bien, Reverendo Padre. Sois una libertad dentro de un orden acabado. Sois el azar dentro de la necesidad. Sois los imprevisibles creadores de relaciones sociales. Sois los iluminadores de la conciencia americana. No os lo reprocho. Pero parece que os lo reprocha el Rey.
- ¿Hay quien nos teme? Es cierto que disponemos de la libertad que nos asegura aquí nuestro aislamiento. Es cierto que la verdad hace libres. ¿Pero será necesario remontar siglos para anunciar nuevamente que el Reino de Dios no es de este mundo? ¿Que evangelizar puede ser defender la condición de los indios pero no desconocer la naturaleza, los derechos y la grandeza de la autoridad?
- Sois grandes, Padre. Sois demasiado grandes. En la pequeña sociedad que constituimos, vosotros no destruis al Poder porque no lo pretendéis, pero demostráis sin quererlo su frivolidad, sus debilidades, su mediocridad. Sois motivo de comparación porque vosotros disponéis, no del Poder, pero sí de sus centros sensibles: la conciencia y la juventud. Sois el área crítica, imprevisible y quizás utópica del Poder...
- Creo que finalmente os comprendo, Capitán. La civilización es la culpable de dominar los instintos y nosotros hemos intentado civilizar. La civilización no está contra el Poder: por él es posible pero, en definitiva,

es el hombre y no el Estado manifestándose. La civilización es pues el área crítica y quizás utópica del Poder: no más conflictos de dominación, no más la voluntad de Poder sin bien común, no más la codicia servida por el Poder. Vos queréis significar que acaso sin proponérselo hemos hecho política con la civilización: hemos querido crear una sociedad civil, no instintiva, y estamos debilitando estos reinos de Indias, esta nueva España. Pero, decidme, ¿creéis que aquí pueda haber una nueva España?

— Vuestra duda parece afectada de cierta infidelidad al Rey...

— No, no será una nueva España. América no es un descubrimiento sino un invento de Europa. En la interacción cultural la identidad es imprecisa. Aquí en Santa Catalina, donde son muchos los indios y los africanos, todo parece europeo. Pero el hombre es el fermento, con sus miedos, sus aspiraciones y su disciplina social. Digo sus valores: respecto al mundo físico, al devenir, a los demás. ¿Sabéis que tienden a ser fatalistas? ¿Que prefieren el presente al porvenir? ¿Lo que los distingue y no lo que los une? Un nuevo mundo... ¿nada os dice? No, no será una nueva España a pesar de nuestra sangre, nuestra Fe y nuestra lengua. Si el Rey quiere que estas tierras honren a su corona y el nombre español, debe ante todo permitir que se conozcan a sí mismas y sean lo que son. La vida, que es un movimiento especificador, ha llevado a la Compañía de Jesús a esta coyuntura y en ella el Rey tendrá nuestra sumisión, pero puede llevar a estas tierras al deseo de ser lo que son, y entonces no habrá sumisión. Pero ahora acabad: proceded según vuestras órdenes.

### LA MÁSCARA PEGADA A LA CARA...

Pero si en algunas áreas prevalecía el germen democrático del suarismo, en casi todas era el despotismo ilustrado el que daba su tono a la "praxis". Cuando las nuevas ideas insinuaron lo que con el tiempo sería un poder limitado en el Estado de Derecho, quisimos arrancarnos la careta. Pero la máscara estaba pegada a la cara.

Les propongo tres indicadores que anticipan los problemas de comportamiento político que la Independencia americana había de afrontar:

1. El despotismo ilustrado sabía bien algo que la ciencia política contemporánea cree haber descubierto: que el poder no es una propiedad sino una relación: A tiene poder sobre B si influye sobre B. Y sobre esa convicción, religaba al vasallo con el monarca como religa el creyente a su Dios. La fidelidad era ennoblecida en un sentimiento religioso que al secularizarse deja al poder vacilante entre el consenso y la coacción. El poder obtiene la lealtad por conformidad o la obediencia por temor. Por eso el discurso liberal es una elocuencia de persuasión y así fue el de Bolívar. Ya no se trata de suscitar el vasallo sino de despertar al ciudadano. Pero para ello la persuasión tiene que calar hondo. Primero, convertir la autoridad que exige sumisión en relación que encuentra asentimiento. Más hondo todavía: hacer perceptible el servicio del cargo a una comunidad descreída de sus gobiernos. Más hondo todavía: asociar al ciudadano a la empresa política. Para esa movilización —pues de ello se trata— usó Bolívar de su palabra y volveremos sobre ella.

2. Se percibía también en el siglo XVIII que la decisión exige un previo momento unificante que se obtiene o por articulación social o por dominación política. La primera es la democrática aún antes de la democracia. La segunda es la autoritaria o la carismática. El poder se hunde verticalmente en la sociedad o la sociedad se eleva hasta el carisma. Este descenso o esta ascensión suplen desventajosa pero necesariamente la articulación social cuando no se da.

Toda la historia latinoamericana tenía que zigzaguear entre estas alternativas. Bolívar lo presentía y pensó sus instituciones para mediar entre una sociedad demasiado vacilante y un proyecto político demasiado generoso.

3. Con la independencia el poder se localizaba finalmente en el espacio americano. No lo habíamos ejercido sino vicariamente. Como escribía Bolívar: “estábamos ausentes del universo en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del Estado. Jamás éramos virreyes, ni gobernadores, sino por causas muy extraordinarias; arzobispos y obispos pocas veces; diplomáticos nunca; mi-

litares sólo en calidad de subalternos; nobles sin privilegios reales; no éramos, en fin, ni magistrados ni financistas, y casi ni aún comerciantes". Por eso mismo, y por la naturaleza del despotismo borbónico, si no conocíamos el poder sino pasivamente, menos conocíamos el control del poder. Conocíamos el "acato pero no cumpro". Conocíamos la murmuración aunque los teóricos del despotismo enseñaban que no se puede murmurar del gobierno porque es murmurar del Rey. Conocíamos el "juicio de residencia" y otras desventuras del poder, pero no conocíamos su control, a lo menos el control sobre el vértice.

Quizás esto llevó a Bolívar a imaginar un Poder Moral en el Congreso de Angostura que algún exegeta describe "como el reemplazo ofrecido por el Libertador al derecho de resistencia a la opresión que tienen los pueblos" (Luis B. Prieto Figueroa, en J. L. Salcedo-Bastardo, *El primer deber. Con el acervo documental de Bolívar, sobre educación y cultura*, Equinoccio, Ediciones de la Universidad Simón Bolívar, Caracas, 1973, p. 82). Este Poder Moral subrogaba el control de la sociedad y del poder. Hablaremos luego de esta proposición sorprendente.

A esta altura, he insinuado ya algunas respuestas del Libertador:

—a la fidelidad del vasallo la reemplaza la lealtad del ciudadano a través del convocante discurso liberal persuasivo;

—a las flaquezas de la articulación social que pueden desmesurar las formas de dominación menos razonables, las regula con sus propuestas para la transición;

—a la inexperiencia de control de un poder que había estado instalado en la metrópoli, le opone un Poder Moral regulador.

## HOMBRE DE LA ILUSTRACIÓN: LAS IDEAS

He anticipado el análisis para sugerir algunos centros de interés de nuestra indagación. Nuestro protagonista entra en la historia con hechos famosos, pero es también grande por sus ideas y su palabra.

En cuanto a las ideas, es hombre de la Ilustración, que hace más llevadera la monarquía absoluta del siglo XVIII con el desarrollo de los fermentos de innovación cultural.

En Francia hicieron tribuna de la historia y prefirieron llamarse filósofos para predicar por una monarquía atemperada (Montesquieu), contra el fanatismo (Voltaire) o los tiranos civiles y religiosos (Diderot). Censurados o protegidos, en las cortes de Federico o Catalina, en los salones o fugitivos, logran el derecho a la palabra y preservan su "poder" de escribir.

La España ilustrada (Carlos A. Floria y César A. García Belsunce, *Historia de los argentinos*, Edit. Kapelusz, Buenos Aires, 1975, t. I, p. 138) resucita de su agotamiento imperial, de su xenofobia y su falta de autocrítica.

La función crítica la inmortalizó el benedictino Benito Feijóo. Su *Teatro crítico universal* y sus *Cartas eruditas* fueron "best seller" en su tiempo. Un siglo después las leían los organizadores de nuestras Patrias, como lo atestiguan los catálogos de bibliotecas y las firmas de volúmenes que yo mismo he poseído. Feijóo no fue sino el comienzo de una familia de pensadores en que el marqués de Ustáriz, preceptor de Bolívar, tiene un lugar distinguido. Vinieron después los heterodoxos, en su conjunto más galicano que anticatólico, más anticlerical que agnóstico, hasta que Jovellanos apunta a una ilustración cristiana.

De estas ideas se nutrió el vencedor de Boyacá durante su permanencia en España y su viaje por Francia.

Ha escrito Gregorio Weinberg (*Hombre de la Ilustración*, "La Nación", 7/8/83) estas señalizaciones tipificadoras de un hombre de la ilustración:

"Repárese que por su formación ideológica Simón Bolívar (como nuestro San Martín) era un hombre de la Ilustración. No se necesita recurrir a sutiles análisis para corroborarlo; basta para ello estudiar, siquiera rápidamente, su formación intelectual; inquirir en las listas que reflejan el contenido de las bibliotecas de sus mayores y las de él mismo (varias de ellas perdidas y alguna recuperada), o analizar su copioso epistolario. Tuvo, además, maestros como el sabio y moderado Andrés Bello, y el singularísimo y genial Simón Rodríguez. ¿Qué universidad de nuestra América o de España pudo haberle brindado al joven Bolívar una enseñanza más rica y vital que la ofrecida por estos hombres excepcionales, apolíneo el uno, dionisiaco el otro? Y fue delante de Simón Rodríguez, aquel roussoniano de primera agua, que su discípulo prometió,

en Roma, el 15 de agosto de 1805, liberar su tierra: «Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres, juro por ellos; juro por mi honor y juro por la patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma hasta que no haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español».

”En una muy citada carta a Santander (20 de mayo de 1825), dice haber estudiado a Locke, Condillac, Buffon, D’Alembert, Helvecio, Montesquieu, Mably, Filangieri, Lalande, Rousseau, Voltaire... y todos los clásicos de la antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas; y todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia y gran parte de los ingleses... En suma, formóse Bolívar —como sólo era posible entonces a un hombre de su extracción social— en Europa, donde aprendió, y lo dice él mismo, «los idiomas extranjeros, con maestros selectos de Madrid; todo bajo la sabia dirección del marqués de Ustáriz, en cuya casa vivía». Entre las notables personalidades que conoció en París, durante aquella temprana permanencia en el Viejo Mundo, recordemos apenas la de Alejandro von Humboldt por su significado intelectual e influencia conocida.”

## HOMBRE DE LA ILUSTRACIÓN: LA PALABRA

Pero este hombre rico en ideas renovadas y renovadoras, que unía la concentración firme y la asociación rápida, tenía un instrumento poderoso: *la palabra*.

La palabra disimula y revela, denuncia y elogia, convoca y disgrega. La palabra es pública cuando contribuye a configurar socialmente una situación en latencia. Es docente cuando solicita al hombre en su interioridad creativa. Es suasoria —como suele decirse ahora del discurso liberal— cuando propone conductas a la libertad y motivos a la voluntad.

Acaso sea Arturo Uslar Pietri quien mejor haya descrito el lenguaje del Libertador (*La palabra de Bolívar*, “La Prensa”, 21/8/83):

“Bolívar no fue nunca un escritor en el sentido ordinario de la palabra. Hombre entregado en la soledad al paciente y exaltado esfuerzo de poner en palabras sus pensamientos o sus sentimientos. Escribió, en discursos o car-

tas, sobre muy variados temas, pero nunca como obra literaria, sino como parte inseparable de su acción y de su vasta empresa creadora. Era demasiado impaciente y temperamental para ponerse a la lenta y solitaria tarea de redondear frases sobre el papel. Se expresaba normalmente con brío y espontaneidad y su expresión oral no debía ser diferente de lo que escribía o dictaba a los amanuenses. Aun en los casos en que tenía que redactar algún documento de excepcional importancia, como el discurso que iba a pronunciar ante el Congreso de Angostura en 1819, lo hacía casi como la transcripción de un monólogo. En las horas tranquilas de la navegación por el Orinoco, dictaba a algún ayudante un fragmento o ponía por escrito alguna frase que se le ocurría en el momento. No soportaba estar sentado en un escritorio recibiendo y despachando. La mayor parte de su vida heroica la pasó en campañas largas, en campamentos o vivaques, de paso por ciudades, donde aprovechaba el escaso tiempo para dictar mensajes, proclamas o cartas. Acaso por esta misma causa hay tan poca retórica y tono literario en sus escritos. Es su propia habla viviente, enérgica y precisa la que queda en esos escritos.

"Su prosa está en abierto contraste con la literatura de su tiempo. El neoclasicismo español le había quitado vigor a la lengua hasta convertirla en aquel remedo de prosa latina que con tanto esfuerzo de escritura como de lectura intentaba el Conde de Toreno. Ni en Feijóo, ni en Jovellanos hay nada parecido a la prosa de Bolívar. La inconfundible autenticidad de su expresión le viene de que su frase brota de una fuerte y motivada necesidad expresiva. No hay nada de afectado y artificioso en la forma de su frase. Tampoco es la suya la expresión sencilla y llana de quien trata de decir sin vuelo y sin impulso lo que piensa. No es sustituible la palabra de Bolívar: cuando expresa algo, lo dice de una manera que no podríamos cambiar sin desmejorarlo y empobrecerlo. Son así los verdaderos escritores.

"En las palabras que nos ha dejado escritas, o que dictó con impaciencia a los amanuenses, está el Bolívar vivo que tenemos. Allí aparece ante las cambiantes situaciones y los difíciles momentos de su lucha y de su angustia. Se exalta, se desespera, ordena, impetra, desnuda

sus sentimientos, salta de las palabras el fondo incontenible de ira, de esperanza y de ternura. Todo él se nos devuelve del tiempo ido en esas palabras reveladoras. Su lengua fue uno de sus mayores dones y en ella nos sigue hablando de manera conmovedora y potente. Con una virtud de palabra que muy pocos hombres han poseído en la historia.”

No está de más enunciar algunas de estas frases felices —no importa si siempre originales— en que el Libertador resume su sentencia:

Huid de un país donde uno ejerce todos los poderes: es un país de esclavos.

Aunque la guerra es el compendio de todos los males, la tiranía es el compendio de todas las guerras.

Un soldado feliz no adquiere ningún derecho para mandar a su patria.

El peso de la libertad es liviano, pero también es difícil mantenerlo en equilibrio aun en las naciones más cultas y civilizadas.

El sistema militar es el de la fuerza y la fuerza no es gobierno.

Quiero vivir libre y morir ciudadano.

Tengo en más a un soldado de la ley que al conquistador del universo.

Tengamos una conciencia recta y dejemos al tiempo hacer prodigios.

La corrupción de los pueblos nace de la indulgencia de los tribunales.

Para que un pueblo sea libre, debe tener un gobierno fuerte para que lo libre de la anarquía.

La igualdad legal es indispensable donde hay desigualdades físicas, para corregir en cierto modo la injusticia de la naturaleza.

Es insoportable el espíritu militar en el mando civil (R. B., *Miniaturas americanas*, “La Nación”).

## LIBERTAD Y AUTORIDAD

¿Por qué no nos acercamos a la problemática de nuestros Libertadores? Bolívar y San Martín eran tributarios de un *proyecto de sociedad*, nacido del clasicismo español fermentado por la Ilustración. Sensibles a las innovacio-

nes del entorno europeo, las recibían —sobre todo Bolívar— en la matriz americana. Ese proyecto de sociedad los hacía *moderados*. Quizás sea una palabra clave, aunque no transparente. Cuando yo me defino como moderado es porque descubro en mí cierta resistencia a las presiones o al cambio. Pongo en acto una mediación de mi razón y mi volición para incorporar en mi “proyecto” las variables afines del otro. Moderar es contener el exceso que podría lastimar la identidad. Desde una identidad profunda se puede ser moderado para que la transición la enriquezca o, a lo menos, no la afecte torpemente.

Esa identidad profunda es la que he tratado hasta ahora de descubrir, pero no por una indagación subjetiva que no está en mi posibilidad, sino más bien por la interacción con el contexto cultural —sobre todo con la cultura política— de su sociedad.

Había que estrenar la lealtad del ciudadano en lugar de la fidelidad del vasallo; había que dar base al poder en una articulación de la comunidad y no ya en la dominación de un soberano que busca el consenso pero no depende de él; había que ensayar el control del poder desde dentro de los gobiernos mismos para evitar su desviación; había que conciliar la libertad recuperada con la igualdad por hacer, pero sobre todo había que lograr la convivencia de las libertades civiles y políticas con la nueva autoridad.

Sé que el planteo que propongo —el eterno de libertad y autoridad— puede ser sospechado de obvio, pero no lo es ahora y menos entonces. ¿No decía Bolívar que los criollos nunca habíamos sido autoridad? ¿No dicen algunos politólogos ahora que a fin de siglo la libertad será una idea nueva? En el siglo XIX, la autoridad radicada en nuestro suelo era una idea nueva. Había que conciliarlas.

“Nosotros estábamos —escribe Bolívar— en un grado todavía más abajo de la servidumbre, y por lo mismo con más dificultad para elevarnos al goce de la libertad.”

No necesito decir que la libertad de los americanos, aunque quisiera nutrirse de una conciencia moral objetiva iluminada por el Cristianismo, no menos importaba el riesgo de hallar su propia norma práctica y su justificación. La grandeza de la libertad reside en aproximar el acto humano voluntario al Bien y a la Verdad, pero su

carácter irreplicable se corresponde con su trágica ambivalencia para el Bien y para el Mal.

El riesgo de la libertad inspira ciertas cautelas autoritarias, escribe Víctor Massuh (*La libertad y la violencia*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1969, p. 237). El autoritarismo parte de esa desconfianza y considera que la autoridad paternalista es el elemento que completa, desde el exterior, el ejercicio de la libertad.

Se nos impone una aclaración. Todo acto libre —la instauración de un régimen político, la selección de sus gobernantes y la animación total del sistema político— esconde en su interior un principio de autoridad, es la expresión concreta de cierto poder. Este poder de la libertad está latente en todas las dimensiones políticas: en la dialéctica del mando y la obediencia, esto es, el orden y en la dialéctica de amigo y adversario, esto es, la lucha. “Ninguna de estas dimensiones —sigue escribiendo Massuh— se hubieran constituido si la libertad no fuera el ejercicio de una fuerza intrínseca, un poder afirmativo, una capacidad de enfrentamiento y oposición.” “La voluntad que asiente a cualquier motivación, que ha perdido el poder de la negación y elude las resistencias o las acepta, o queda paralizada ante la magnitud de las mismas y delega en las circunstancias y el azar el trance de la decisión, esa voluntad nada tiene que ver con la de un hombre libre. Lo contrario a la libertad no es la autoridad sino el caos. Allí donde pisa un hombre libre se ha constituido un orden, un principio rector, una conducta orgánica, un señorío de quien se ha vencido a sí mismo y entabla una relación saludable con los hombres.”

La libertad no es impotente, entonces, pero por esto mismo requiere de una autoridad que no interprete la volición individual sino el bien común. Y el bien común no suma los bienes individuales, sino que es la recta sistematización de los bienes de la comunidad política, en tanto comunicable a cada uno para su realización como persona y en cuanto alcanzable por su cooperación.

Si en algún momento la autoridad no es sólo un dato objetivo de la vida social sino también necesaria, es cuando los grupos reivindican sus particularismos por encima del conjunto. Para que no quedemos demasiado tiempo en un pensamiento abstracto, traigo la descripción de un

contemporáneo de Bolívar sobre una asamblea popular (J. T. Morán, *Memorias*, cit. por J. Rodríguez Iturbe, *Génesis y desarrollo de la ideología bolivariana*, Impr. del Congr., Caracas, 1973, p. 341), que es un trazo germinal de nuestra historia independiente que explica muchas cosas: "El Libertador reunió a los hombres más notables de Caracas; se instalaron en Cabildo abierto, y ante el pueblo y padres de familia, Bolívar con un discurso verdaderamente patriótico depositó la autoridad en sus manos: ofreciendo servir con la mayor fe y con idéntica constancia bajo las órdenes del que tuviesen a bien elegir para mandar en su reemplazo. Yo, testigo de esta escena..., casi no podía formarme juicio de lo que era el pueblo soberano deliberando. Mil candidatos se presentaron pretendiendo el mando supremo..., el populacho quería ya saqueo diciendo que todos los blancos eran godos, pero el Libertador los contuvo haciendo fusilar a dos iniciadores de esta patriótica ocupación... Cansado el pueblo sensato, y más aún los partidos, de vejarse mutuamente en su candidato y sus propósitos, por un movimiento general aclamaron nuevamente para Jefe Supremo de Venezuela al Libertador, encomendándole que salvara la Patria, pero ya no era tiempo".

Una asamblea así no nos sorprende ahora. Conocemos bastante de las pulsiones personales y colectivas como para saber lo que una comunidad necesita para proyectar en común: una conciencia sin inhibiciones pero que acepta ciertas reglas de juego y, ante todo, el pluralismo, que va aunando voluntades alrededor de unas pocas familias políticas que disputan el poder.

La que se iniciaba frágil aunque solemnemente en la América española era esa agregación de sensibilidades cívicas abierta a los humores de una sociedad que se ignoraba, pero que debía contar "con la fragilidad de nuestra especie y el imperio de la suerte", según frase del Libertador (Rodríguez Iturbe, cit., p. 342).

Bolívar tenía bien presente esa fragilidad: "Pretender que la política y la guerra marchen al grado de nuestros proyectos, obrando a tientas con la sola pureza de nuestras intenciones y auxiliados por los limitados medios que están a nuestro arbitrio, es querer lograr los efectos de un poder divino por resortes humanos".

El problema era, pues, instalar una autoridad digna de la libertad recuperada para la sociedad y los habitantes de estas Américas. Instalar una autoridad era crear, casi de la nada, correas de transmisión entre una sociedad incipiente de notables y los órganos de poder. Instalar órganos de poder era imaginar un régimen que vacilaba entre la monarquía —paradigma de la época— o las nuevas repúblicas de Estados Unidos y Francia. Optar por la república era inevitable casi —dada la incertidumbre de legitimar una dinastía—, pero suponía la movilización permanente, la colisión de las ambiciones y la fragmentación de los intereses.

El conflicto de la libertad con la autoridad no era, entonces, más que un conflicto de la realidad consigo misma: la sociedad tenía que hacer crecer sus interacciones y ordenarlas republicánicamente —no de cualquier modo— en el mando y la obediencia. Un mando fundado en la articulación política y una obediencia prestada a la ley.

## LA TRANSICIÓN POLÍTICA

Estamos, pues, ante el tema grande de la transición política, por lo que resulta inevitable asociar nuestra realidad de argentinos a las propuestas bolivarianas para la transición, no para copiarlas sino para interpretarlas. Quiero llamar la atención sobre esto porque que yo sepa, las instituciones políticas del Libertador no han sido confrontadas con la idea de transición, no han sido referidas a la transición.

Carlos Floria nos ha invitado a prestar atención en clave argentina a la perspectiva genética más que funcional de un cambio de régimen, no de gobierno (“El arte de la transición política”, “La Nación”, 26/6/83).

“Instalarse en una sutura es tener probabilidades de penetrar algún secreto de creación” (Jean Guilton, 1955). Es necesario, parece, asomarse al trabajo de los geólogos cuando observan con cuidado infinito dos capas yuxtapuestas. Eso da sentido a la sentencia de Guilton. Las transiciones, las suturas, los pasajes en que una cosa deja de ser como era para ser distinta, los períodos de metamorfosis, son desconcertantes y sustantivos.

El compositor lo sabe; el escritor también: se tienen dos ideas o dos temas, ¿cómo unirlos? La capacidad de transición suele poner de manifiesto la potencia del artista. La naturaleza es en esto, como en tantas cosas, ejemplar. Oculta las mediaciones, da apariencia de continuidad a lo que en rigor es cambio.

El artista mayor logra esconder la ruptura bajo el hilo tenue de la sutura, que permite la cicatrización de las heridas, el mejor pasaje de una edad a otra, de un tiempo a otro, de una generación a otra, de un régimen a otro. Por eso en la historia fascinan las revoluciones, pero al cabo admiran las transiciones. Lo que sugiere el autor es que por las junturas se descubre mejor el interior. Y esto vale para la geología, pero también para la estrategia, para la filosofía, para la política.

Y bien, Bolívar conocía de instinto este arte de la sutura. Quizás de la implantación. Porque el trasplante de un régimen democrático podía provocar rechazos, pues nuestra tradición antiliberal era muy fuerte y nuestro ejercicio social de libertad e igualdad estaba librado a una fraternidad y a una justicia iluminada por el Cristianismo, pero no como idea-fuerza del sistema político.

Sabemos hoy que "se pueden construir regímenes competitivos pero oligárquicos; o participativos, y, sin embargo fascistas; o antiliberales o no participativos y por ello autoritarios. . . Este tipo de democracia —abierta, pluralista, popular, con existencia autónoma de una pluralidad no extrema de partidos políticos, con libertad cultural y religiosa, federal y sin concentración excesiva de recursos de poder en sede alguna de la sociedad o el Estado— nunca ha existido en plenitud en nuestra patria", escribe Floria. Nunca se ha consolidado, a lo menos. ¿Pero se ha consolidado en la América española?

Para esta interrogación hecha al pasado, Bolívar ofreció sus proyectos constitucionales. Si en vez de responder a las necesidades de su tiempo respondiera a las del nuestro, quizás sus propuestas asumirían otras formas. Lo importante es confrontar su instinto de moderado con el régimen político que podía adoptar la América española.

Cuando ahora proponemos competición política y participación política, Bolívar coincidiría: sí, pero. . . Sí, pero en una sociedad consolidada.

Y así como nuestro Alberdi quería "La república posible antes de la venidera...", Bolívar pensaba en la república imperfecta pero perfectible.

## LA REPÚBLICA CONSERVADORA

La transición política latinoamericana planteaba a los Libertadores dos preguntas: por qué y para qué.

Hombres menos responsables que Bolívar y San Martín podrían haberse conformado con contestar a la primera: ¿por qué? Pues bien, muy simple: independizarse porque se ha agotado la sustancia moral del vínculo de dominación.

Pero ¿y la segunda? El para qué obsesionaba a los dos: reenviaba a otro interrogante: ¿qué serán nuestros pueblos? La libertad es el camino del ser. Pero el ser..., la viabilidad... Bolívar no era ingenuo. Es preferible traducir su escepticismo sobre la capacidad política de proyectar en común y sobre la calidad ética del ejercicio político como una reflexión crítica del hombre de la Ilustración en matriz americana. Lo he dicho ya, pero hay que insistir. Insistir en que sus propuestas políticas son para la instalación no de un régimen definitivo sino de una transición.

Esos órganos eran la cámara popular, el senado hereditario y la presidencia electiva y vitalicia: un órgano democrático y dos aristocráticos. Y todavía el arcópag, el Poder Moral.

En su discurso de Angostura en 1819 —sigue siéndome duro renunciar a la evocación histórica—, Bolívar sintetiza muy concretamente: "El sistema de Gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política".

Las propuestas han sido objeto de innumerables comentarios. Desde los entusiastas como el olvidado del maestro Bielsa ("La concepción política de Bolívar" en *Estudios de Derecho Público*, t. III, Arayú, Buenos Aires, 1952, p. 591), a los aprobatorios de Salvador de Madariaga (*Bolívar*, Editorial Sudamericana, Bs. Aires, t. II, p. 21). Y como es Madariaga el más crítico, es el mejor

para la glosa, porque pone de relieve sin adulación el pensamiento de la transición.

## LA CONSTITUCIÓN BOLIVIANA

Si "fue Sucre el sufrido artífice del nacimiento de Bolivia", fue el Libertador el que le dio su constitución política. Enrique M. Barba ha evocado la visita de Bolívar al Alto Perú, que fue como una exaltación de su gloria ("Bolívar y el Alto Perú", "La Nación", 7/8/83). Yo lo veo sobre la cima del cerro de Potosí con su estado mayor, agitando —como él dijo— "el estandarte de la libertad, desde las playas ardientes del Orinoco, para fijarlo aquí, en el pico de esta montaña, cuyo seño es el asombro y la envidia del universo".

Si el símbolo satisfacía a la gloria, exaltaba el carisma, representaba la fundación de un Estado, como un dato plástico para la posteridad, el haber aceptado dar la constitución a Bolivia —la única petición cumplida entre todas las que se le hicieron— habla bien a las claras del empeño constituyente de Bolívar. Y no digo constituyente en el sentido de quien redacta la ley fundamental, sino de quien pone lo fundamental de las leyes. Es posible que como hombre de la Ilustración creyera en la capacidad social conformadora de la ley, pero su sentido de las realidades estaba por encima del prejuicio formal. Él quería encarnar su proyecto de sociedad para que la autoridad sostuviera la libertad y la libertad convergiera hacia la autoridad.

"Creaba un Poder Ejecutivo en el que un presidente sería vitalicio con derecho para elegir a un vicepresidente que administraría el Estado y le sucedería en el mando. Ponía el acento, y no era éste un recurso de circunstancias, en principios de libertad e igualdad." "He conservado intacta la ley de las leyes, la igualdad; sin ella, perecen todas las libertades, todos los derechos." En verdad, Bolívar era consecuente con la legislación que él mismo había dictado al hacer al indio ciudadano de la república, con igual derecho y responsabilidad que los blancos y mestizos. Decretó la cesación del poder de los caciques ricos y poderosos que explotaban a sus hermanos" (Barba, cit.).

Podríamos remitir toda la obra constitucional de Bolívar a un pensamiento estampado en la Carta de Jamaica en 1815: "No siéndonos posible lograr entre las repúblicas y monarquías lo más perfecto y acabado, evitemos caer en anarquías demagógicas o en tiranías monócratas".

Para ello desechaba los copiadore serviles, pero proponía modelos. Desechaba también las especulaciones sin correspondencia con la realidad. En el manifiesto de Cartagena de 1812 había dicho: "Los códigos que consultaban nuestros magistrados no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del Gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios, que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica, y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios y de cosas, el orden social se resintió. . . , y desde luego corrió el Estado a pasos agigantados a una disolución universal, que bien pronto se vio realizada".

## EL AREÓPAGO O PODER MORAL

Hay que señalar por lealtad que este reproche alcanza al propio Bolívar cuando propone su cuarto poder o Poder Moral. "El Poder Moral de la República reside en un cuerpo compuesto de un presidente y cuarenta miembros, que bajo la denominación de Areópago, ejerce una autoridad plena e independiente sobre las costumbres públicas y sobre la primera educación." La instrucción y la ética social son las áreas de esta corporación de raíz grecorromana, que se llama moral porque hace a la interioridad del hombre. Lo que recogió la Constitución boliviana fue considerado antes impracticable por el Congreso de Angostura.

El juicio de Angostura era benévolo. Más que impracticable era riesgoso —un riesgo para la república— atribuir un control regulador más que moderador sobre la opinión moral. Pero aun esto que digo debe relativizarse: quizás los "prudentes" del Areópago no hubieran exagerado su ministerio; quizás la opinión moral quedaba sin el Areópago en medios de comunicación no mejor inspi-

rados. Pero lo que quiero decir en definitiva, es que Bolívar se definía por sus propias palabras de reproche como un "visionario... de la perfección política".

Para ubicarnos en el siglo pasado, hay que recordar que era frecuente la preceptiva moral en las constituciones. El último ejemplo que he encontrado entre los muy numerosos, es el art. 92 del proyecto de constitución de fray Mamerto Esquiú, cuando dice: "La mediocridad de fortunas y la falta de industrias propiamente dichas en la provincia, y no el esplendor y lujo de otros Estados, son la verdadera base de leyes justas y equitativas sobre contribuciones y cálculo de presupuesto de gastos". La disposición es ejemplar y hoy la leemos con nostalgia, pero el técnico diría solamente que el presupuesto debe ser equilibrado. La preceptiva moral penetra más hondo y al descubrir la pobreza, dice no al consumismo y al gasto superfluo.

Y por último, también es cierto que proyectar durablemente es saber que las constituciones que mejor han interpretado su tiempo han sido las más sencillas, las que cargaron de responsabilidad cada palabra, las que trataron de darle valor operativo y no inmovilizaron en los textos instituciones secundarias o cuestiones contingentes.

No se me ocurre con estas advertencias, disminuir la importancia ontológica de la propuesta bolivariana: en el fondo nos dice que la sociedad no es adulta y que es bueno ayudarla a madurar. Cuando ahora se parte del presupuesto no probado de que *la sociedad es siempre adulta*, uno se pregunta qué manipulaciones impunes anuncia tal optimismo.

"Moral y luces... nuestras primeras necesidades." Así había repetido la Ilustración y así dejó escrito Bolívar una de sus expresiones mayores. En ese espíritu, San Martín redactaba los consejos para la educación de su hija y Bolívar las instrucciones para la formación de su sobrino. Y en el mismo espíritu de una responsabilidad educativa del que engendra, sugería Bolívar las instituciones fundamentales.

## "DE TODO EL MUNDO NUEVO UNA SOLA NACIÓN"

Examinado el modo con que Bolívar afronta la transición, se puede recordar cómo piensa el futuro. Ese futuro es la integración latinoamericana.

Insistamos con Massuh ("Bolívar y el humanismo latinoamericano", "La Nación", 24/7/83) en los "tres principios que animaron de modo constante la empresa bolivariana: 1º) la propia libertad pasa por la afirmación de la de los demás; 2º) el caos americano sólo puede ser enfrentado por una voluntad histórica que piensa en términos de unidad y totalización continental; 3º) la Utopía de América".

Las ideas de unidad, totalidad, integración y síntesis son las que trasmite, según Massuh, a los humanistas americanos.

Sobre la integración latinoamericana querida por el Libertador, hay interrogantes que se abren a la inquisición rigurosa y a las familias de espíritu. Quiero decir que habrá interpretaciones no siempre objetivas sobre el panamericanismo, el interamericanismo y el hispanoamericanismo. ¿Quería el vencedor de Boyacá la participación de los Estados Unidos? ¿Gran Bretaña era fiadora ante la Santa Alianza o desempeñaba otra función menos transitoria? ¿Eran conscientes de la penetración de una supuesta ideología anglosajona?

Todas las divisiones de nuestro espíritu, todas las influencias recibidas, todo el eclecticismo de nuestra formación asoma aquí.

Creo simplemente que la empresa quedó latente en el contexto cultural, pero ajena al proyecto político. Creo que la energía social fue acaparada por la transición; después de la transición, por la organización de cada Estado-nación; después de la organización, por el crecimiento; después del crecimiento por la crisis de crecimiento; después de la crisis, por las ideologías y los intereses y la pugna de los nuevos grupos de poder; no fue mucha la energía social que generamos y la distribuimos por largo tiempo en proyectos sin grandeza. La utopía de América debió ser postergada.

Pero he aquí que el bicentenario de Bolívar nos despierta de nuevo a su sueño. He aquí que "formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación", parece de nuevo ya no posible sino necesario. He aquí que el Congreso de Panamá se actualiza en aquella punta del alma que sólo abriga los sueños que van a ser realidad. Quisiera decirlo con palabras de Víctor Massuh ("Bolívar", cit.):

### *La utopía de América*

"El humanista latinoamericano también procura vincular a la cultura con la tierra, con las fuerzas telúricas y la comunidad viva e inmediata. La voluntad individual no aparece desligada de la fraternidad de los hombres. La labor teórica no cierra las puertas a la imaginación ni a los contenidos estéticos y religiosos. Y es frecuente el intelectual que incursiona en la acción social obedeciendo a un imperativo ético que no se distingue demasiado de la militancia política; ésta, a su vez, es una versión de la docencia civil que, en su raíz, responde a un impulso fundador de instituciones y a un interés entrañable por el destino de la República. Pero no sólo en estos aspectos: también en los terrenos del arte, la imaginería popular, las letras, el folklore, la crónica política y la historia de las instituciones, vuelve una y otra vez ese oscuro llamado que se conoce como la *Utopía de América*: el sueño bolivariano de la unidad, hogar de lo diverso, de la convivencia complementaria de los opuestos, la síntesis. En suma: reconocimiento de la complejidad de lo real, de su resto proteico, y de la necesidad de no someterlo a la violencia de los reduccionismos.

"Acaso la tradición del humanismo bolivariano nos ayude a enfrentar los espasmos de un mundo en agonía: algunos de sus síntomas son el espíritu de secta, el oscurantismo de la ideología, la asepsia del tecnócrata, la rigidez de los fanatismos religiosos, y también la moderna seducción de la Nada con sus nuevos arquetipos: el suicida, el depredador violento, el consumidor puro. Acaso nos ayude a intentar un rescate del futuro, aclarar su horizonte enrarecido por el veneno de tantas explosiones (nuclear, demográfica, informativa, armamentista, sensorial, activista, propagandística y tecnológica). El estruendo

tóxico de estas explosiones paraliza a la pobre criatura humana: bloquea su futuro convertido ya en una nube de humo negro, un hueco, la boca de un torbellino que nos traga, una arena movediza, una incógnita adversa."

Señores: Para un momento así nos fueron dadas las ideas políticas de Bolívar: para ordenar la transición y para rescatar el futuro.